

Olimpia. Este cierre de temporada ha querido coincidir con la apertura del nuevo Grupo Independiente Magerit.

"¿Fuiste a ver a la abuela?", mitad texto de autor (Fermín Cabal), mitad creación colectiva, es producto diseñado para un espectador incondicional, muy concreto en su misma heterogeneidad, progresista y en cierta medida fácil; el habitual de la Cadarso, en suma. Una mirada hacia atrás con todas las garantías de conectar sensorialmente con los que hoy rondan los treinta años y sufrieron de forma muy concreta todo el despotismo de la dictadura. La represión, pues, en todas sus facetas: familia, religión, enseñanza, sexo y política. La muestra de un pasado que nos

presentar al actor de un modo natural, primario, sin más trucos para los doblajes que sus propias facultades, se pierde sin duda, quizá de un modo un tanto ingenuo, riqueza en matices.

Un texto sobre el franquismo escrito en el momento actual y por tanto libre de toda limitación. Bueno es contemplar lo que antes tuvimos que imaginar por medio de oscuros y complejos símbolos.

De cualquier modo, algo flota sobre éste y los últimos montajes presentados en la sala Cadarso. Algo que debería ser objeto de reflexión. El Centro Cultural La Cerrala viene limitando su campo de acción. Su programación parece obedecer a determinantes ideológicos que, sin carecer de

que sean tantos los que en las Universidades de los Estados Unidos estudian el teatro español y que sea tan bajo el censo de las obras españolas que se representan. Ciertamente, algunos Departamentos de Drama han montado obras de autores contemporáneos —Buero, Ruibal, Martínez Ballesteros, etcétera—, pero la verdad es que en el conjunto, realmente abrumador, de las actividades teatrales norteamericanas los títulos españoles ocupan un modestísimo lugar. Lo cual —y de ahí la razón última de esta serie de crónicas— es algo más que una constancia de lo que se hace o se deja de hacer en Nueva York, dada la resonancia mundial de sus criterios.

Cabe pensar que buena parte de ese desinterés hacia el teatro español nace de nuestra reiterada condición de "país diferente" —asumida incluso a niveles de propaganda turística—, con una tradición teatral y unas claves de comunicación que tienen bien poco que ver con la historia y la realidad norteamericanas. Ese es un hecho indudable. Yo no sé cuál va a ser la España del futuro, pero la amordazada España del franquismo es en Nueva York una realidad cultural incomprensible. No porque el sistema americano no tenga sus propias mordazas, sino porque son de naturaleza completamente distinta.

Por su parte, la sociedad puertorriqueña —los "hispanos"— que, por razones idiomáticas, podría entender directamente ese teatro, se encuentra, lógicamente, entregada a la creación de una dramaturgia testimonial, re-

pleta de datos concretos, en la que debatir el lugar que le reserva el "establishment" norteamericano. De modo que si entre damas como "La camisa", de Leuro Olmo, y "Simpson Street", el último estreno puertorriqueño importante, existen claras correlaciones ideológicas, es seguro que el público "hispano" las consideraría distantes, simplemente porque en la primera no descubriría los nombres y los rostros que le son familiares y con los que se identifica sin el menor esfuerzo.

¿Y los clásicos? ¿Cómo entender que el esfuerzo de tantos hispanistas y estudiantes no sea capaz de generar la representación regular de sus mejores textos? Así es, sin embargo. Y aunque a veces aparezca algún título —durante tres semanas de febrero, estuvo en cartel "Peribáñez", a la vez que la Compañía de Repertorio Español seguía contando con uno de sus mayores éxitos, "La Celestina"—, lo cierto es que suele montarse con escasos medios y escasa resonancia, sin entrar jamás en la lista de los veinte o treinta espectáculos que definen, en la opinión de la mayoría, el "momento teatral" de la ciudad. Entre los autores modernos, superada la época de Casón, sólo García Lorca y Arrabal suelen aparecer en la cartelera profesional del "off" o el "off-off" con alguna regularidad. Con el primero se han cometido, al decir de los críticos y gentes de teatro, verdaderas atrocidades, pese a lo cual no se le ha perdido el respeto. "Bodas de sangre", en la Compañía del Repertorio Español, y "Los amores de don Perlimplín con Belisa en su jardín", esta última en el Soho Repertory —que cuenta también con textos de Shaw, Grass, Shepard, Genet, etcétera—, aparecían en las carteleras de mediados de marzo. En cuanto a Arrabal, que quizá mereció las mejores críticas neoyorquinas hace dos o tres años, a raíz de montarle Tom O'Horgan "El arquitecto y el Emperador de Asiria", en La Mamma, tiene ahora su "Guernica" en el mismo Soho Repertory...

El dato, en fin, es éste: que las últimas décadas de historia española no han estimulado precisamente el interés por nuestra cultura. Y que pese a las notables excepciones del interior y a los esfuerzos hispanistas del exterior, el teatro español es hoy, en lugares como Nueva York, de vi-



El grupo Magerit, en la sala Cadarso.

duele y contra el que estamos prontos a la justa crítica. Partiendo del primer núcleo social, la familia patriarcal y castrante, todo el torbellino de incidencias que hicieron de nuestra infancia y juventud una continuada malformación. Cada una de las escenas propuestas es una llamada al recuerdo comunitario, y el espectador, lógicamente, se siente vivo, representado. El montaje —cinematográfico en muchas ocasiones—, dinámico, fresco, tónico, con saltos hacia el pasado y lúcidos retornos al presente; roto el ritmo que va desde la ralentización al disloque aparatoso, habla de un expresionismo manido, pero resultón. No falta ingenio para la aplicación de la plástica, el cliché efectista o el humor desgarrado. Otra cosa sería profundizar sobre la pura labor interpretativa. A fuerza de intentar

calidades estimables, no parecen tener más preocupación que el efecto inmediato. Complacer, aunque sea éticamente, no siempre significa acertar a tope. Lo uno, claro, no está regañado con lo otro, siempre y cuando el afán de consolidar un determinado tipo de espectador no signifique el abandono del espectador genérico. Ya no es momento de enardecer simplemente, sino de cuidar sensibilidades para no caer en repeticiones que puedan ocasionar convencionalismos malsanos. ■ M. A. M.

Teatro español en Nueva York

A primera vista, no deja de ser una contradicción el hecho de

García Lorca, según Gregorio Prieto.



Cultura a la contra

PRIMAVERA

La primavera es —como el otoño— ficticia; un invento de los hombres para llenar esa tierra de nadie entre el calor y el frío, entre los igualmente cañudos —aunque tan distintos— invierno y verano. Puede decirse que son convenciones, convenciones que han servido solamente —y no es poco— para dar pie a los inventos de dos castas supervivientes de los antiguos chamanes: los poetas y los meteorólogos.

Es una estación que me cae bien. Entre otras cosas, porque a la juventud le salen granos, y yo he aprendido —adaptándome a los tiempos— a considerar el acné juvenil como algo altamente erótico, como una especie de floramiento gracioso del rostro, en brotes que presagian sangre nueva. Alguien dijo una vez, hablando de un poeta al que despreciaba: "Este hace versos como a quien le salen granos". Si yo hiciera versos, me gustaría que me salieran así: de una manera espontánea y violenta, como una erupción. Porque los granos son fenómenos similares a los estallidos de los volcanes: con fuego y lava, demuestran que todavía existe fuego interno.

También es una estación eminentemente ciudadana la primavera. Artificial y caprichosa, siempre cambiante —cualidad que transfiere a quienes hemos nacido en ella; no puede uno fiarse nunca de la constancia de alguien nacido en abril—, su luz indecisa pero brillante se refleja en el chapado de los automóviles, cantillea en los escaparates vitrisimios de las "boutiques", pone incendios ilusorios, como auroras boreales, sobre las parejas que toman su martini al atardecer en las terrazas. Sus ráfagas de viento se lanzan, suicidas, desde lo alto de los rascacielos a esos patios interiores donde canta siempre una criada, y se estrellan en la calle en torbellino de papeles sucios. En el campo, casi no tiene color. La monotonía verde de las praderas, lo aburrido del canto de los pájaros —que, más que canto, debería llamarse sucesión inconexa de gritos ridículos— y, en fin, la famosa "paz del campo", que es la paz del aburrimiento, la paz idiota de la hora del ángelus, nada tiene que ver con esa temporada inventada y vivaracha. ¿A quién le interesa —si no es tonto o budista zen— el reflejo de un crepúsculo en los ojos de una vaca? Olvidemos el campo con sus flores o dejémoslo para el verano, donde puede admitirse una cierta grandeza.

Ya es primavera en la calle de la Princesa. Han florecido, al mismo tiempo, puestos de libros y tenderetes de flores. Los "hippies" rezagados —todavía no se han dado cuenta, los pobres, que su tiempo pasó— venden artesanías ingenuas a precios carísimos. Y los gitanos pregonan sus flores, siempre pendientes de la inoportuna llegada de los municipales; pero ahora que éstos son socialistas, tal vez les dejen una mayor libertad en sus negocios, que no sé si serán ilícitos o no, pero que dan color. En esta calle estudiantil, la primavera tiene un carácter erótico muy acusado, y el aire está lleno de erecciones involuntarias al contemplar las bellezas que transitan cada vez menos vestidas. Esta es una de las estaciones más propicias para la lujuria: carece del rigor caluroso del verano, cuando los cuerpos sudorosos se mezclan como con desgana, y se prefiere con mucho la bañera a la cama; y no provoca el entumecimiento frío del invierno, enemigo de liliaciones y tumescencias. Estación flasheante y venturosa, donde cualquier aventura nos parece posible a los ingenuos.

También es primavera en "La Bobia", esa culminación moderna de las mañanas del Rastro. Allí, harapientos y abigarrados, se reúnen jóvenes salidos de sus cavernas para saludar al sol y hacer un venturoso pase de sustancias prohibidas —y tan agradables algunas de ellas—, al amparo de la sombra de sus gafas oscuras. Venden gramos de bienestar y también dosis de angustia. Sus cuerpos flexibles son flores de billar y periferia. Y, en cierto modo, nos hacen apreciar el sol a nosotros, que solemos con mucho preferir los juegos bárbaros de la noche.

La primavera está aquí. No sé si tendrá algo que ver con la cultura o con la contracultura; lo que sí sé es que se trata de una temporada muy divertida. ■ EDUARDO HARO IBARS.

gorosa vida teatral—, un fenómeno irrelevante. Sólo ello podría explicar, por ejemplo, que la actual gira de "Ditrambo" por las Universidades norteamericanas, con obras de Luis Riaza y Romero Esteo, no hayan encontrado, en una ciudad tan curiosa como Nueva York, un escenario donde recalar y mostrar el trabajo. ■ JOSE MONLEON.

DISCOS

La inteligente estupidez de los Ramones

Qué gracia lo de los Ramones. Aquel simpático cuarteto de cretinos ataviados con el uniforme de delincuentes juveniles, que en 1976 surgieron de los tugurios neoyorquinos, están resultando ser la banda más importante de los últimos tiempos. Los Sex Pistols se extinguieron tras un corto y fulgurante recorrido y sólo dejaron el recuerdo de su rabia infinita y —como cualquier otro grupo rentable— una maraña de embrollos judiciales, pero los cuatro Ramones han producido

otros tantos LPs y han penetrado con su estética "minimalista" en la médula del "rock" de los setenta. Ocurre que aquellas guitarras rugiendo como sierras mecánicas, aquella sección rítmica disfrazada de martillo neumático, aquella voz ingeniosamente imbécil ya resultan más familiares que subversivas, ya están en "Los 40 principales" y también en el agujero secreto donde ensaya el nuevo grupo duro de tu barrio.

Si la fórmula musical de los Ramones era irresistible —canciones cortísimas machacadas con agresividad y volumen—, no lo era menos su presencia física y el concepto al que esta respondía. Básicamente, los Ramones intuyeron que su generación, las gentes que habían crecido espiritualmente tragando anualmente miles de horas de bazofia televisiva, habían sufrido irreversibles lesiones cerebrales. Así, sus piezas estaban llenas de psicópatas, sádicos, zopencos y subnormales cuando no de "teen-agers" infelizmente enamorados o inmensamente frustrados. La suya era una visión negra y sardónica de la subcultura juvenil norteamericana, montada sobre una base ruidosamente enérgica. Como digo, irresistible.

Y pasando al presente, aquí está el cuarto LP de los Ramones. "Road to Ruin" (Hispavox S 60.137) no muestra sorpresas apreciables. Quizá que los "her-

El cuarteto Ramones.

